

Jueves 14 de septiembre del 2000

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Sinrazones de la función pública

Desde principios de la década de los 80 y concretamente con el gobierno de Miguel de la Madrid, coincidieron en el tiempo mexicano las tendencias modernizadoras de la administración pública internacional y el proyecto de reforma de Estado impulsado por los nuevos gobiernos mexicanos. Así, durante 18 años hemos vivido la puesta en práctica de un modelo de gestión pública que puso el acento en la eficiencia como objetivo final del quehacer gubernamental. Ha sido un proceso desarrollado por los tres últimos gobiernos y que ha venido cambiando la cultura laboral en el sector público. Sin embargo, a partir del sexenio que hoy termina se consolida el llamado modelo de administración por resultados.

La nueva burocracia que arribó al poder en diciembre de 1982 y, que en 1988, en boca de Carlos Salinas de Gortari, declaró que su proyecto era para 25 años, desplazó a la burocracia tradicional que se había desarrollado al amparo del Estado posrevolucionario. En efecto, el Gobierno surgido de la revolución apuntaló el desarrollo del país mediante una amplia intervención gubernamental y auto-assignándose el principal papel de promotor y gestor de las demandas sociales. Todos los grupos sociales se beneficiaron de la amplia intervención que tenía en la base un acuerdo corporativo entre el partido en el poder y las organizaciones oficiales. La figura del ciudadano se desvaneció en la cultura política mexicana.

Pero los nuevos tiempos se han significado por la retirada, a veces gradual y en otras ocasiones en forma acelerada, de la intervención gubernamental en la economía nacional y por ende en el desarrollo social. Ello ha venido transformando la cultura política. Una nueva burocracia se instaló en la conducción estatal, aquella que hizo de la política una variable dependiente de la economía. En efecto, la nueva racionalidad sostenía que todos los problemas de una sociedad pueden ser comprendidos y solucionados mediante un modelo matemático o econométrico. Por ello la proliferación de yuppies autóctonos, dispuestos a que la realidad no se les saliera de la ecuación. Una nueva generación de funcionarios jóvenes educados en universidades privadas y del extranjero, triunfadores y siempre prestos a escalar y competir en el mercado perfecto. La pérdida del sentido de la realidad es parte de los nuevos empresarios públicos; donde el mínimo factor que se salga del modelo perturba todo el sistema explicativo y resolutivo.

Es éste el marco en el que se inscribe la tragedia del subsecretario de Comercio, Raúl Ramos Tercero. Es la tragedia también de la nueva burocracia mexicana que no comprende que al lado de los fenómenos económicos existen aquéllos de naturaleza política o social o cultural. Que la vida misma es más que el éxito del Renave o de un programa que se pensaba perfecto y resultó más cuestionado que el mismo Ricardo Miguel Cavallo. Sólo en la sinrazón de la burocracia mexicana se puede entender la fatal decisión de suicidarse dejando una carga tan grande para su familia. En una de las cartas póstumas dirigida a su jefe, el secretario de Comercio y Fomento Industrial, Herminio Blanco, Ramos Tercero explica: "Como funcionario he trabajado con todo mi empeño hasta el límite de mi capacidad y de mis fuerzas, especialmente en el proyecto Renave. El proyecto se llevó a cabo con toda pulcritud y con el más estricto apego a la ley (...) Mi único error fue el no haber medido mis fuerzas y capacidades en la ejecución de este proyecto, que por su extraordinaria complejidad exigía mucha mayor prudencia de la que yo ejercí. Eso dio lugar a que las cargas de trabajo nos rebasaran por mucho a mí y a mis extraordinarios colaboradores, y a que el incumplimiento de nuestros compromisos, a su vez, pusiera en dificultades operativas a la empresa concesionaria. Asumo plena y absolutamente la responsabilidad por las tareas incumplidas por Secofi". Al final, la palabra que exculpa al jefe, que declara su incapacidad y asume la responsabilidad total por un proyecto fallido. Ésa es la sinrazón de la tecnocracia que es capaz de ofrecer su vida para "saciar a quienes están sedientos de sangre".

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.